



Pulcinella

La vida en venta

Siempre he asociado la imagen del viajero (me imagino que en gran parte por culpa del cine) a aventureros pendencieros de gatillo fácil y puños de acero, a exploradores sabios con salacot y barba blanca descifrando misteriosas ruinas, o a decadentes “bon vivants” paseando por las galerías acristaladas de un balneario en Baden-Baden. Para mí, sumido en esa imaginería tan fascinadora, no se podía viajar de otra manera. Hoy ya sé, muy a pesar mío, que los corsarios hace tiempo que arriaron del galeón la bandera negra con tibias y calavera para instalarse en la agencia tributaria, y que los arqueólogos no usan látigo más que para pedir subvenciones. Será que me estoy volviendo un desencantado funcional. Pero aunque hay días que añoro las historias fabulosas de Simbad el Marino, he dejado atrás a los argonautas, como en su día dejé al emperador Carlos V para admirar al hombre de la calle, ese que durante cuarenta años se sacrifica silenciosamente por su familia en la rutina de su taller o su despacho. Es de las pocas cosas buenas que tiene cumplir años: que las cosas cotidianas, el sacrificio diario, se convierten en algo heroico. Gracias a eso y algunos viajes, he aprendido a valorar y apreciar un tipo diferente de viajero.

Porque para mí el viajero más auténtico es ese tipo que tiene poco que ver con la literatura y las grandes hazañas, y mucho con las vivencias y la cercanía de personas de carne y hueso. Gente de verdad. Tal vez por eso me gustó tanto *Big Fish*, una película de Tim Burton que cuenta la historia de Edward Bloom, un viajante, un hombre corriente que llena de fantasía cualquier hecho de su vida, que hace de sus vivencias un viaje maravilloso.

Es fácil identificarlos en Atocha, o en cualquier otra estación, cada domingo por la tarde. Se cruzan, casi invisibles en su anonimato, con otros viajeros: parejas furtivas que vuelven de una escapada romántica, estudiantes que regresan a los pupitres de la facultad, “mochileros” con cara de agotamiento. Es la hora del regreso para todos menos para ellos. Antes les llamaban representantes o viajantes, revestidos de un aura que les daba el tiempo en que se movían en trenes o en autobuses destartados, con su maletín sobre el regazo en esa España de polvo y viento. Ahora son agentes comerciales. Son una casta que no regresa, sino que parte los domingos de casa. Por lo general son hombres, vestidos con ropa cómoda y abrigo, el maletín de trabajo (sí, de nuevo ese maletín que señala su oficio) sobre la maleta, y el traje en su funda esperando la mañana siguiente. Para ellos, la estación no es un lugar extraño, y se nota en la familiaridad automática con que vienen y van. No suelen ir acompañados, caminan inmersos en sus preocupaciones, siempre con algo de ilusión y de expectación ante una semana que se abre: el cierre de una operación, una reunión importante, la solución a un problema que lleva demasiado tiempo abierto, o la duda siempre presente de qué imprevistos surgirán a lo largo de los siguientes días.

Viajo mucho, y por eso tengo la suerte de conocer bastantes de esos hombres que viven entre el todo y la nada. Como en botica, hay de todo, pero de todos ellos guardo un recuerdo. De algunos conservo un nombre, un teléfono. De otros conservo sus rostros, algunas palabras, ya semiborradas en la memoria. Son personas obligadas a ensanchar los horizontes de la rutina diaria a ciudades nuevas, gente distinta, y en cierta forma ir ampliando el mapa geográfico y humano que uno conoce tras años de aquí para allá. Son viajeros que han marcado mi camino. Son viajeros de hoy.